

CUENTOS
DE
TERROR
PROHIBIDOS

Índice:

- **El dibujo en la pared** *pág. 3*
- **El recreo** *pág. 11*
- **El pequeño gran mago** *pág. 17*
- **El espectador** *pág. 23*
- **Viviendo en un videojuego** *pág. 28*

Este libro contiene cinco historias que tal vez no deberías leer antes de dormir. Algunas cosas que parecen imaginarias a veces no lo son.

Marko Millán Vega

El dibujo en la pared

(Esta historia es real, le pasó a mi hijo a los cuatro años)

¿o no?

Nollie era un niño de 4 años, muy creativo y alegre, su pasión era dibujar y plasmar todo lo que pasaba por su cabeza. Un día, como de costumbre, se encontraba dibujando por todos lados. Ya había pintado sus cuadernos, sus libros para colorear, los muebles, el piso, la ropa, la televisión e incluso al perro. Solo le faltaba una cosa por pintar: las paredes. En el momento en que se dio cuenta, se levantó del piso y corrió a la pared más cercana. En la sala comenzó a hacer rayas de muchos colores. Si lo veías desde lejos, parecía que había dibujado un arcoíris. Pero esta vez, algo en sus trazos era perturbador. Los colores parecían moverse y danzar, creando figuras retorcidas que daban la sensación de estar vivas. Se veía espectacular, pero a la vez inquietante.

De ahí, corrió a pintar las paredes del comedor, de la cocina, del baño y del patio, haciendo obras de arte en cada espacio de la casa. Dibujó unicornios, ranas, tortugas, conejitos y muchas cosas más. La verdad

es que tenía mucho talento para el dibujo, y todo lo que plasmaba era increíble. Pero a medida que continuaba, sus creaciones se volvían cada vez más macabras y siniestras, como si algo oscuro se apoderara de su mente.

Al terminar su última obra de arte, caminó hacia su recámara y se acostó en la cama. Se relajó tanto que se quedó dormido. Al despertar, ya era de noche. Traía su pijama puesta, que por cierto él mismo había decorado con figuras extrañas y ominosas. Era una pijama de color blanco con dibujos hechos con plumones, pero ya no eran los alegres dibujos infantiles de antes. Ahora eran símbolos y formas que parecían surgir de pesadillas. Estaba arropado y en su habitación solo se veía su luz de noche encendida. Era un foco pequeño que alumbraba directamente a la pared, tanto en la parte de arriba como en la de abajo. Hacia enfrente tenía un plástico protector de color blanco que disminuía la intensidad de la luz, y justo en el plástico, una calcomanía

de un coche rojo. Pero lo que más llamó su atención fue el dibujo en la pared.

Nollie volteó a ver la luz y justo arriba de ella estaba el dibujo que había hecho antes de dormirse. Lo miró fijamente y algo sintió en su pecho que lo hizo asustarse. La figura en la pared parecía cobrar vida, sus contornos se retorcían y sus ojos sin forma parecían seguirlo a donde fuera que mirara. Enseguida, jaló todas sus cobijas y se tapó completamente. Decidió no pensar en nada y volver a dormir.

Pasaron los minutos y cuando estaba a punto de hacerlo, escuchó el interruptor de su lámpara apagarse (tik). Él se quedó super quieto, sus ojos se abrieron al igual que su boca, tenía una expresión de sorpresa mezclada con miedo. Bajó las cobijas lentamente para apenas asomar sus ojos, cuando de pronto volvió a sonar el interruptor (tik) y la luz volvió a encenderse. Temeroso, se tapó de nuevo rápidamente.

Así se quedó durante unos segundos, totalmente estático, con sus oídos muy atentos. Lo único que se escuchaba era su respiración. De pronto, otra vez comenzó a destaparse para ver qué era lo que sonaba, y al momento de sacar su cabeza, vio que todo estaba igual. Su lámpara seguía prendida, todo en orden, hasta que se percató de algo: su dibujo ya no estaba en la pared.

Nollie había dibujado un muñeco de color amarillo con la cabeza cuadrada, una boca llena de colmillos sin mucha forma, su cuerpo era un trapecio asimétrico, sus extremidades eran solo unos palitos con garras y calzaba unas botas disparejas. Al notar que no estaba su dibujo, comenzó a sentir un terror indescriptible.

La temperatura bajó y el frío comenzó a recorrer todo su cuerpo. Pudo ver cómo salía vapor de su boca al abrirla. Su recámara tenía piso de madera, y al caminar sobre las maderas, los crujidos

parecían susurros siniestros. Nollie decidió cubrirse de nuevo con su cobija favorita, que ahora parecía un refugio contra el horror que lo rodeaba.

Mientras el silencio rodeaba toda la habitación, comenzó a sentirse un poco más tranquilo, como que de pronto la pesadez y el miedo que había en la atmósfera del lugar desapareció. Su respiración tomó su ritmo habitual y su corazón estaba más tranquilo. Así que decidió bajar las cobijas y sacar la cabeza, pero justo en el momento en que lo iba a hacer, un rechinado en el piso hizo que todo el miedo que había sentido hace unos segundos volviera en un instante.

Ese rechinado recorrió todo su cuerpo desde la punta de su dedo gordo del pie hasta el último pelo de su cabeza. Ya no supo qué hacer, así que se quedó estático bajo las cobijas, solo escuchando los rechinidos cada vez más cerca, y más cerca, y más cerca, hasta que dejaron de sonar y

comenzó a sentir peso sobre su cama. Alguien o algo estaba arriba de ella.

Poco a poco se acercaba a Nollie cada vez un poco más. Su cobija empezó a ser jalada poco a poco, pero Nollie tenía que luchar, no podía ser un cobarde. Así que decidió aferrarse a su cobija y no dejar que se la quitaran. Agarró con fuerza una almohada y se la arrojó al monstruo, mientras con un movimiento ágil tipo ninja agarró un borrador de goma que tenía en su buró. Se aventó sobre el monstruo amarillo y comenzó a borrarlo.

Primero los hombros, luego los brazos, después las piernas, hasta hacerlo desaparecer por completo. Pero a medida que borraba, el monstruo parecía resistirse. Emitía un chillido agudo y espeluznante que llenaba la habitación. La lucha fue intensa, pero finalmente, el dibujo cedió y desapareció por completo.

Al terminar, Nollie se secó el sudor y se relajó. Se recostó sobre su cama, exhausto. Pero el miedo no desapareció por completo. Las horas pasaron, y mientras dormía, un brazo que se cayó bajo la cama comenzó a arrastrarse con los dedos hasta que se topó con un lápiz. Lo sostuvo fuertemente y sigilosamente regresó al oscuro y frío fondo de la cama.

¿Estaba dibujándose a sí mismo para cobrar venganza? ¿O tal vez había dibujado a todo un ejército y ellos están debajo de nuestras camas esperando a que nos quedemos dormidos? La respuesta quedó suspendida en la oscuridad de la noche, mientras Nollie trataba de luchar contra el terror que lo acechaba en cada sombra.

El recreo

Era una aterradora mañana de lunes, el despertador irrumpió el silencio a las 7:00 a.m. Luis abrió los ojos, pero el resplandor del día soleado solo lo hizo sentir más inquieto. El cielo estaba despejado con una claridad irreal, los cantos de los pájaros eran un siniestro lamento que penetraba en sus oídos. Con un entusiasmo forzado Luis se apresuró a levantarse de la cama consciente de que su día comenzó como una pesadilla, bajó a la regadera con mucho temor. Se vistió con rapidez, desayunó con un nudo en el estómago y se unió a sus padres en el coche. Aunque anhelaba encontrarse con sus amigos Aaron, Chris y Sebas en la escuela, la sensación de angustia se apoderaba de él a medida que se acercaban a su destino. Finalmente, llegaron a la escuela, y al cruzar la puerta de entrada, una perturbadora transformación envolvió el lugar. Los colores se desvanecieron, el aire se enfrió y un silencio sepulcral se sintió sobre el colegio. Luis avanzó hacia su salón de clases, cada uno de sus pasos resonaba con un eco

espeluznante, mientras el mundo a su alrededor se volvía aún más opaco. Al entrar a su salón, lo que vio lo llenó de terror. La maestra, con la mirada perdida y la piel pálida como la de un cadáver, estaba rígida junto al pizarrón. La pesadilla se apoderó de él cuando la profesora volteó hacia él y al intentar hablar, su mandíbula se desprendió y cayó al suelo. Sobresaltado, Luis huyó al patio, en donde la verdadera pesadilla comenzó. El cielo se nubló, los colores desaparecieron, y el mundo se volvió una sombría película de horror en blanco y negro. Luis se encontró solo, rodeado por la alta pared decorada con inocentes dibujos infantiles, los salones a su izquierda y frente a él, y la dirección a su derecha. Desde los salones, el alumnado comenzó a emerger. Algunos descendían por las escaleras, mientras otros arrastraban sus mutilados cuerpos, con mandíbulas ausentes o extremidades desprendidas. Luis se vio acorralado y, mientras retrocedía, tropezó y se torció el

tobillo. Los horrores se acercaban implacables.

Una mano putrefacta se alargaba hacia él, pero desde el otro lado vio a su compañera Romina escondida bajo una banca. Ella le hizo señas, y Luis empujó al ser grotesco y se refugiaron bajo la banca. Allí, abrazados, temblaban en silencio, sintiendo que cualquier ruido los delataría. Pasaron unos interminables minutos y la situación no mejoraba. Se dieron cuenta de que no podían permitirse que el espacio bajo la banca se convirtiera en su escondite permanente. Un terror gélido los invadió, pero también una determinación feroz. Sabían que debían enfrentarse a la pesadilla que tenían frente a ellos; necesitaban desesperadamente un arma.

A lo lejos, vieron una silla de madera medio destrozada. Corrieron hacia ella con desesperación y arrancaron las patas, convirtiéndolas en sus únicas armas. Luis se lanzó hacia la horda de zombies, destrozando sus cráneos con golpes

certeros, llenando el aire de sangre y fragmentos de cerebro que parecían lluvia en un día maldito. Romina no se quedó atrás; con una determinación macabra, empalaba a los no muertos en los ojos y al retirar los palos, estos parecían brochetas de muertos vivientes. El patio se convirtió en un festín grotesco de entrañas de zombies. De manera gradual, fueron aniquilando a cada uno de los zombies, hasta que no quedó ni uno de pie. Agotados y con el corazón latiendo desbocado, Romina y Luis se recostaron contra la pared para descansar. Sin embargo, lo que ocurrió a continuación sumió sus almas en una oscuridad aún más profunda.

Sus párpados se cerraron lentamente debido al agotamiento, y una voz distante comenzó a resonar en la mente de Luis: "Luis, Luis, Luis, Luis..." Era un susurro inquietante que lo arrastraba hacia lo desconocido. Cuando abrió los ojos, la luz del sol lo deslumbró, y lo que vio delante de él lo dejó sin aliento. Sus amigos estaban

ahí, riéndose con risas siniestras. "Te quedaste dormido en el recreo, estúpido", se burló Sebastián antes de soltar una carcajada que resonaba como un eco maligno.

Luis quedó desconcertado, convencido de que todo lo vivido había sido un sueño. La alarma que indicaba el fin del recreo sonó, y el grupo se dirigió hacia su salón. Cuando entraron, Romina estaba sentada en su banca, sonriéndole. Sin embargo, antes de entrar, Luis volvió la mirada hacia el patio y bajó la vista hacia la banca. Y justo ahí en la penumbra, vio a Romina con una expresión de horror en su rostro, sus ojos vidriosos y sin vida. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, parpadeó y, al abrir los ojos, ella había desaparecido. En ese instante, la realidad se desvaneció en un abismo de terror indescriptible, y Luis comprendió que algo mucho más oscuro y aterrador se aproximaba a él.

El pequeño gran mago

(Ojalá no esté entre tus juguetes)

Patricio o como su mamá lo llamaba “Pato” era un niño fanático de la magia y la ilusión, todo el tiempo su cabeza estaba imaginando como crear trucos de magia, se la pasaba viendo películas de magos e intentando recrear todas las ilusiones que veía. Se acercaba el verano y con él su cumpleaños, Pato estaba mirando la televisión cuando de pronto apareció un comercial —¿Estás cansado de esta realidad? ¿Quieres ver más allá de tus ojos y conocer otras dimensiones? Pues este kit de magia es para ti... —En ese momento Pato se levantó del sofá y corrió muy emocionado hacia donde se encontraba su mamá —¡Mamá, mamá, ya sé que quiero para mi cumpleaños! —dijo Pato mientras brincaba de emoción.

Los días pasaron y Pato no paraba de soñar con ese tan esperado kit, ya quería ser un mago famoso y desaparecer y aparecer cosas.

El fin de semana estaba a punto de terminar, eran las 9 de la mañana de un domingo bastante soleado, en la calle se

escucha mucha paz, a lo lejos algunos coches pasando, las pisadas de gente haciendo ejercicio, motores de podadoras y el cantar de los pajaritos que vivían en los árboles que rodeaban la colonia. El timbre sonó y antes de que terminara de sonar Pato abrió la puerta, y en manos del repartidor, encontró el tan esperado kit de magia que había estado deseando. Sus ojos brillaron de emoción mientras recibía el paquete y agradeció al hombre con una sonrisa. Sin embargo, a medida que cerraba la puerta y llevaba el kit de magia a su habitación, comenzó a notar que algo en él era inquietante.

El estuche del kit tenía un diseño oscuro y extraño, adornado con símbolos antiguos y figuras enigmáticas. A pesar de la emoción inicial, Pato no podía evitar sentir un ligero escalofrío recorriendo su espalda mientras miraba la caja. Ignorando su inquietud, abrió el estuche y examinó los objetos que contenía: una baraja de cartas con diseños misteriosos, un par de dados que parecían

tallados en hueso y un libro de hechizos con páginas desgastadas.

Ansioso por empezar a aprender nuevos trucos, Pato decidió comenzar con las cartas. A medida que barajaba y realizaba sus primeras ilusiones, notó que algo extraño estaba sucediendo. Las cartas parecían tener vida propia, y las figuras en ellas se retorcían y se movían como si estuvieran vivas. Los ojos en las cartas lo miraban fijamente, parpadeando con un brillo siniestro.

Alarmado, Pato intentó dejar de usar las cartas, pero parecían pegarse a sus manos como si tuvieran voluntad propia. Intentó soltarse, pero las cartas se aferraban con fuerza a sus dedos, como garras invisibles que lo arrastraban a un mundo oscuro y desconocido.

De repente, el libro de hechizos se abrió por sí solo, y las palabras en las páginas comenzaron a retumbar en la habitación.

Sin que Pato pudiera controlarlo, su voz comenzó a recitar un hechizo antiguo y siniestro que emanaba de las páginas. Las luces se apagaron de repente, y la habitación se llenó de sombras retorcidas.

En la oscuridad, pudo escuchar risas malévolas que parecían susurrar desde las esquinas de la habitación. Las cartas cobraron vida y comenzaron a girar a su alrededor, formando un vórtice mágico que lo envolvía. Se dio cuenta de que había invocado algo más allá de su comprensión, algo oscuro y aterrador que ahora lo arrastraba hacia la oscuridad.

Gritó con toda su fuerza mientras era absorbido por el vórtice mágico, pero su voz se desvaneció en la nada. La habitación se sumió en el silencio, y el kit de magia quedó en el suelo, aparentemente inofensivo una vez más.

Desde entonces, el kit de magia pasó de mano en mano, como una maldición eterna.

Quienes lo poseían eran arrastrados a un mundo de pesadillas y sufrimiento, donde la magia oscura y las sombras retorcidas los consumían por completo. Cada vez que alguien abría el estuche y comenzaba a practicar con los objetos, liberaba el terror que residía en su interior.

Y así, el kit de magia se convirtió en una leyenda urbana, una advertencia sobre los peligros de jugar con lo desconocido. Nadie sabía quién lo había creado o por qué, pero su malevolencia persistía, esperando su próxima víctima para llevarla a un mundo de horror inimaginable.

El espectador

Santiago era un niño de 8 años y digo era porque... bueno en unas páginas lo sabrás. Era un niño que amaba ver la televisión y es que en la época en la que creció el único entretenimiento tecnológico que existía era ese aparato gordo llamado televisor. Todo el día estaba frente a ella, antes de ir a la escuela la veía y llegando también, así vivía sus días, día y noche viendo programas televisivos, de pronto podías escuchar algún regaño de sus padres diciéndole que no viera la televisión tan cerca ya que según ellos se iba a quedar ciego, cosa que era mentira o mejor llamado era un mito urbano, así como el señor del costal o como cuando te dicen que si te comes un chicle se te va a pegar en el estómago, puros mitos. Un día estaba en su rutina diaria, se despertó, se vistió rápidamente y mientras desayunaba miraba la televisión, un programa en donde aparecían botargas de animales, disfrazados con sonrisas pintadas que no se desvanecían, incluso cuando la cámara se acercaba demasiado. Santiago se quedó hipnotizado por sus ojos vacíos que

parecían seguirlo a donde quiera que mirara.

Esa noche, mientras sus padres dormían profundamente en su habitación, Santiago seguía despierto en la sala con los destellos de la televisión iluminando su rostro. El programa de botargas había terminado, pero algo lo mantenía pegado al televisor. Un extraño zumbido comenzó a llenar la habitación, apenas perceptible al principio, pero que poco a poco se volvía más fuerte, más insistente. Santiago intentó apagar la televisión, pero el control remoto no respondía. El zumbido se intensificó, retumbando en sus oídos, como si miles de abejas furiosas estuvieran en la habitación con él.

De repente, la pantalla se volvió completamente negra, absorbiendo toda la luz de la habitación, en un instante la imagen volvió al televisor y ahí estaban de nuevo las botargas paradas en lo que parecía la entrada de una casa, la imagen

se veía proyectada por una cámara de seguridad. Santiago notó algo familiar en el entorno en donde las botargas permanecían paradas sin moverse, de pronto una de ellas dio unos pasos hacia la puerta de la casa y en ese momento Santiago escuchó en tiempo real esos pasos, al parecer las botargas estaban afuera de su casa.

Santiago sintió un escalofrío recorrer su espalda cuando una voz susurrante y distorsionada llenó el silencio.

"¿Estás disfrutando de tu tiempo frente al televisor, Santiago?" la voz preguntó, cada palabra resonando en su mente como un eco ominoso.

Santiago trató de gritar, pero descubrió horrorizado que su voz se había perdido en el vacío "No mires la puerta, mira la pantalla" le dijo una de las botargas que aún permanecían afuera de la casa. Santiago volteó su cabeza hacia la pantalla y esta comenzó a retorcerse y a tomar forma, una

forma oscura y retorcida que se alzaba desde las profundidades del abismo.

"Te he estado observando, Santiago", la voz continuó, ahora más cerca, más íntima. "Y ahora, es tu turno de ser parte del espectáculo".

Santiago sintió sus piernas congeladas, incapaces de moverse mientras la oscuridad se derramaba de la pantalla, y las botargas detrás de él lo envolvían en sus garras. El zumbido se convirtió en un grito ensordecedor que perforaba su mente, haciéndolo tambalearse en el límite de la cordura.

Y en un instante, Santiago desapareció en la oscuridad junto con las botargas, mientras el televisor continuaba zumbando en la soledad de la sala y en un instante la televisión regresó con su programación habitual.

Viviendo en un videojuego

Había una vez un niño llamado Juan que siempre jugaba videojuegos. Él pasaba horas y horas frente a la pantalla, jugando y divirtiéndose sin parar. Pero un día, algo extraño comenzó a suceder. Mientras estaba jugando su juego favorito, la imagen en la pantalla se distorsionó y una figura oscura apareció en la pantalla.

Juan intentó desconectar la consola, pero parecía como si algo no lo dejara hacerlo. La figura en la pantalla comenzó a hablarle, en un tono frío y siniestro. -Te he estado observando, Juan-, dijo la figura. -Has pasado demasiado tiempo jugando videojuegos, y ahora me perteneces-.

Juan estaba aterrorizado. No podía moverse, ni soltar el control. La figura en la pantalla comenzó a envolverlo con sus garras oscuras, como si lo estuviera atrapando en el mundo del juego.

De repente, Juan se encontró dentro del juego. Estaba atrapado allí, sin saber cómo

salir. Veía a los monstruos y villanos del juego moverse a su alrededor, y sabía que tenía que encontrar la salida y volver al mundo real.

Pero cada vez que intentaba avanzar, la figura oscura aparecía de nuevo y lo atrapaba con sus garras, llevándolo de vuelta al oscuro mundo del juego. Juan se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos en su pasión por los videojuegos, y que había caído en una trampa mortal.

Juan se encontraba ahora en un laberinto retorcido, donde las paredes parecían tener vida propia, susurrando con voces fantasmales que lo incitaban a perderse para siempre. Cada paso que daba resonaba como un eco en la oscuridad, y las sombras parecían moverse a su alrededor, acechándolo.

El aire estaba cargado de un olor a podredumbre y muerte, y el frío se clavaba en sus huesos como cuchillas afiladas. Las

criaturas del juego, antes simples píxeles en la pantalla, ahora eran monstruosas abominaciones que lo perseguían con ojos vacíos y dientes afilados.

Juan luchaba por mantener la cordura mientras la figura oscura lo acosaba sin descanso, sus palabras llenas de promesas de tormento eterno. Cada intento de escapar lo llevaba más profundo en las entrañas retorcidas del juego, donde la realidad y la ficción se mezclaban en una pesadilla sin fin.

El tiempo perdía todo significado en ese mundo distorsionado, donde los límites entre la vida y la muerte se desvanecían. Juan sabía que si no encontraba una salida pronto, sería consumido por la oscuridad que lo rodeaba, condenado a vagar por la eternidad como un espectro atormentado.

Pero incluso mientras luchaba por sobrevivir, una voz en su interior le recordaba que esta pesadilla era el precio

que había pagado por su obsesión con los videojuegos. Y mientras las sombras amenazantes se cerraban a su alrededor, Juan se dio cuenta de que su única esperanza de escapar era enfrentar sus miedos más profundos y encontrar la fuerza para resistir la tentación de volver a jugar.

Finalmente, Juan encontró la manera de escapar. Aprendió a equilibrar su tiempo entre jugar videojuegos y hacer otras cosas, y nunca volvió a caer en las garras de la figura oscura. Pero siempre recordaba aquel terrible momento y advertía a otros niños a no pasar demasiado tiempo jugando videojuegos, o podrían caer en el mismo peligro que él lo hizo.

**Si alguna vez escuchas algo debajo de tu cama
o notas que un dibujo en la pared cambió de
lugar, recuerda que algunos cuentos no
terminan cuando se cierra el libro.**